



De los alimentos al cuerpo. Obesidad y exclusión en el siglo XXI

Juan Carlos Seoane

Question/Cuestión, Nro.70, Vol.3, diciembre 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e617>

**De los alimentos al cuerpo
Obesidad y exclusión en el siglo XXI**

**From food to the body
Obesity and exclusion in the 21st century**

Juan Carlos Seoane

Universidad Nacional de Quilmes

Argentina

jseoane3@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-9449-9353>

Resumen

Las sociedades contemporáneas sufren la obesidad como epidemia por primera vez en la historia, y este es un fenómeno que requiere una mirada integral que vaya desde las cuestiones biológicas y médicas, pasando por la elaboración de alimentos, hasta ver los hábitos comensales y aspectos sociológicos que involucran la apariencia de las personas. Este último punto hace referencia a un tema muy importante para la sociología que tiene que ver con la dominación y se ha analizado desde la violencia simbólica, que no es más que una de

las formas en que se ejerce la dominación, y que, por tanto, es relevante estudiar. Asimismo, los aspectos de la distinción involucrados nos llevan a pensar el fenómeno junto a Bourdieu, y en tanto la obesidad queda extrañada en el paradigma de la delgadez imperante, hace que se constituya como lo extraño o lo monstruoso, y ahí tenemos que pensarlo desde Foucault como un tipo más de anormalidad generada en nuestra época. Una época impregnada por los medios masivos de comunicación con sus modelos estéticos ya globalizados y monolíticos, pero que al mismo tiempo posee una heterogeneidad creciente, que, como una contra cara, generan las redes sociales y la expansión de las nuevas tecnologías. En esta tensión es muy importante prestar atención a los habitus en que se desenvuelven las prácticas sociales que rodean a la alimentación, que debe así, pensarse como una parte constitutiva de las estrategias que llevan adelante los agentes en el mundo social.

Palabras Claves: alimentación, obesidad, exclusión.

Abstract

Contemporary societies suffer obesity as an epidemic for the first time in the history of humanity and this is a phenomenon that requires a comprehensive look that goes from biological and medical issues, through food processing, to seeing eating habits and sociological aspects that involve the appearance of people. This last point refers to a very important issue for sociology, which has to do with domination and has been analyzed from symbolic violence, which is only one of the ways in which domination is exercised, and therefore it is relevant to study. Likewise, the aspects of distinction involved lead us to think about the phenomenon together with Bourdieu, and as obesity is missed in the prevailing thinness paradigm, it causes it to be constituted as the strange or the monstrous, and there we have to think about it from Foucault as one more type of abnormality generated in our time. An era impregnated by the mass media with its already globalized and monolithic aesthetic models, but which at the same time has a growing heterogeneity, which, as a counter-face, generates social networks and the expansion of new technologies. In this tension, it is very important to pay attention to the habitus in which the social practices that surround food develop, which should thus be thought of as a constitutive part of the strategies carried out by agents in the social world.

Key words: feeding, obesity, exclusión.

Un contrapunto en la alimentación: hambre-obesidad

Las sociedades contemporáneas sufren la obesidad como epidemia por primera vez en la historia. Es un fenómeno urbano y predominantemente Occidental, aunque en aumento en ciertas zonas no Occidentales desarrolladas, que asume características muy particulares, ya que, siendo un problema de salud, no está enmarcado en un trastorno orgánico previo (salvo excepciones), un virus o una bacteria. La FAO calcula que 650 millones de personas son obesas en el mundo (FAO: 2020). Sus causas y efectos son singulares y resulta relevante determinarlos justamente porque son complejos; intervienen factores culturales, habitacionales, económicos, de políticas sanitarias, de comportamiento en ciertos agentes, etc. Pero para hablar de la obesidad permítanme comenzar por el que pareciera ser su opuesto (que lo es sólo desde lo figurativo), el hambre. El hambre es una condición por la que atraviesan ciertos seres vivos, -la FAO considera que 690 millones de personas están subalimentadas en el mundo al año 2019- (FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF: 2020), y se representa como una condición desesperante por la que atraviesan los individuos. Una condición cuyas causas son no sólo son económicas sino, también, culturales, entre otras, tal como la obesidad. La alimentación, cierto tipo de alimentación, o la falta de ella, debe ser considerada como parte de una mirada sociológica global.

En su libro *El Hambre*, Martín Caparrós (Caparros: 2014) cuenta, que, dentro de las múltiples investigaciones que realiza, entrevista a una mujer que padece hambre constantemente en Níger, África. Su nombre es Hussena y ya parió muchas veces. Los tres primeros bebés nacieron bien, pero los cinco siguientes murieron porque nacían muy débiles, y ella tenía que dejar de amamantarlos ya que quedaba embarazada nuevamente, así que se preguntó por qué dios no quería que sus hijos vivieran y consultó a un “curandero” (Marabú), quien le dio para no embarazarse un Grigrí (una cuerda que se ata en la cintura con un amuleto o piel de animal). Por supuesto, siguió quedando embarazada. Las familias de estas zonas deben producir suficientes hijos, en su concepto, porque así reemplazarán más adelante la labor del padre y las hijas serán dadas a cambio de una dote. Otro caso paradigmático en el mismo lugar es el de Ahmad que trabaja con su padre y hermanos, es un adulto con esposa que se esfuerza en un largo proceso para plantar, donde debe abrir los surcos en la tierra con

un palo porque no tiene otra cosa. Una rueda de arado le saldría 200.000 francos, unos 400 dólares y cambiaría toda su situación, su producción aumentaría significativamente, pero es mucho dinero y no puede obtenerlo. Al mismo tiempo, relata que está muy contento porque ha conseguido recientemente una segunda esposa, está orgulloso, es que en su grupo de amigos todos tienen ya una segunda esposa y él no quería ser menos; la boda salió 200.000 francos lo mismo que hubiese costado el arado.

Se le pregunta a Hussena, qué querría si pudiese pedir un deseo, lo que quiera, como si un Genio de las novelas fantásticas pudiera dárselo. La entrevistada en situación de hambruna crónica responde, desearía una vaca, y el entrevistador insiste: piénselo bien puede pedir cualquier cosa, lo que sea ...y la entrevistada responde- “¡Y, bueno, dos vacas!”. Su respuesta es racional. Con una vaca agrega leche al bollo de mijo que les da de comer a sus hijos, el mismo cada día; y con la segunda vaca tendría para vender leche y con eso comprar cosas en el pueblo más cercano. Por supuesto, para un occidental que vive en un mundo capitalista moderno, la respuesta es irrisoria. Supongo que tanto el que escribe como el que está leyendo rápidamente pensaría en millones de dólares, al menos, si apareciera un Genio que concede deseos. Pero el ejemplo es muy bueno, porque da cuenta de que vivimos inmersos en un habitus (concepto de Pierre Bourdieu que posteriormente veremos); nuestros pensamientos y prácticas están inmersos en los puntos de vista en que nos movemos, esas prácticas estructuradas y estructurantes nos dan muchos caminos, procederes, pero también restricciones para pensar y actuar. E, inevitablemente, frente a la anécdota de la persona que desea dos vacas como máximo, sentimos que ella no puede ver más allá, a diferencia nuestra. Le falta llegar (en un sentido evolutivo) a nuestra perspectiva que estaría más avanzada en una línea de tiempo; pero por suerte ha existido el relativismo cultural tan mentado por la antropología que nos hace preguntarnos ¿Cuáles son nuestras dos vacas?

La alimentación puede ser analizada desde un punto de vista sociológico ya que las prácticas alimentarias están enmarcadas en estructuras sociales, interacciones y conductas de los individuos en el marco de su ámbito de referencia. Los aspectos culturales de la alimentación en tanto búsqueda de normas y reglas que determinan el comportamiento alimentario, fueron ya estudiados desde hace mucho tiempo por la antropología y, también más

recientemente, por la sociología, buscando las significaciones implícitas en ciertos períodos históricos en la organización, y, por ejemplo, en la distinción que implican. (Bourdieu: 2012)

El estudio del comportamiento alimentario en diversas sociedades y épocas es un insumo fundamental para comprender y generar políticas públicas adecuadas. Desde cierto punto de vista epistémico, la única forma de conocer es por comparación, y en el tema alimenticio se ve claramente que esto es así; resulta fundamental contrarrestar la alimentación industrial moderna con alimentaciones que fueron, y en algunos casos siguen siendo, prácticas de indígenas latinoamericanos que aún mantienen modos de comer ancestrales, por ejemplo. Si bien en la actualidad ha aumentado enormemente la información y análisis de los nutrientes específicos de los alimentos, y su aporte a la salud, así como también las consideraciones sobre los sistemas agroalimenticios desde la biología y la agroindustria, las prácticas concretas, creencias, hábitos y significaciones al respecto, no han tenido el mismo desarrollo (Franco: 2010). La especificidad que puede aportar la sociología, aparte de sus consideraciones respecto al poder imbricado en la producción, circulación y consumo de alimentos, es la dimensión simbólica implicada en el hecho alimentario de cada sociedad o fracción de ella. La dimensión simbólica no es una esfera superestructural anecdótica, o sobre determinada por instancias materiales que las constriñen, los humanos vivimos en un mundo mediado por significaciones y en relación a ellas concebimos el mundo y actuamos en él.

Violencia simbólica y cuerpo

La sociología de la alimentación es un campo reciente de investigación que aún no desarrolló un cuerpo científico propio, pero sí posee trabajos específicos desde la década de 1990. (Díaz Méndez; García Espejo: 2014) Dentro de estos trabajos hay un acento puesto en la malnutrición donde en general se asocia la profundización de las desigualdades como causa. Por otra parte, el fenómeno de la globalización genera pautas unificadas en los consumos, pero está en un constante vaivén con los hábitos tradicionales que no han desaparecido, ni siquiera en los centros más desarrollados e internacionalizados. Una sociología del consumo será imprescindible al momento de abordar las cuestiones alimentarias en sociedades desarrolladas industrialmente. Asimismo, las relaciones existentes entre la alimentación, el cuerpo y la imagen corporal más específicamente, son abordajes claves que se han iniciado hace un par de décadas. Todos estos aspectos hacen pie en última instancia en la constitución de las

identidades. Las identidades podemos pensarlas en términos foucaultianos, como entidades que se constituyen en la encarnación de discursos que forman sujetos. En el mundo Occidental contemporáneo han venido consolidándose ciertas directrices identitarias en derredor de la racionalidad neoliberal, la cultura de la delgadez y el desdibujamiento de los géneros. La racionalidad neoliberal implica no sólo una forma política económica sino también una forma de vivir como una forma de competencia. El neoliberalismo no es únicamente una doctrina, es una racionalidad, una lógica particular que implica que uno es el empresario de sí mismo (Laval-Dardot: 2015, 2017) En esta clave, en que el Estado no ha sido prescindente como en el liberalismo, sino activo, para generar espacios vacíos de control donde se imponga el más fuerte, surgen en la sociedad civil agentes librados a la competencia sin reglas (por ejemplo, en el ámbito educativo según Laval y Dardot), así como a la mostración obscena de los cuerpos donde los parámetros pierden sentido. De este modo, la cultura de la delgadez, aparece como si los individuos fuesen artífices de sus cuerpos en todo sentido y más allá de las situaciones naturales que los condicionan. Esta cultura de la delgadez es una cultura de la exacerbación de la juventud y empalma con los cánones establecidos, que son más estrictos para el mundo femenino. Ciertos sectores de la academia y de movimientos feministas han denunciado que hay cuerpos que tienen menor valor que otros (Butler: 2018 a, b) y que la mujer se convierte en mercancía. Es una cultura obsesionada con la delgadez femenina, no está obsesionada con la belleza argumentarán algunas: la dieta es el sedante político más potente en la historia de las mujeres (Wolf: 2002).

Aunque sea un exceso este planteo ya que no debieran mezclarse las cuestiones de dominación estructural al modo marxista de las clases dominantes con dominaciones que funcionan de forma no transversal, es cierto, pero alternativa a la dominación por el hecho socioeconómico básico y las alternativas que este despliega tal como lo enuncia Max Weber. Así, el planteo tiene que encausarse en el plano de lo que Bourdieu denominó violencia simbólica. Para Bourdieu, el poder simbólico es un poder de construcción de la realidad que aspira a establecer un orden gnoseológico: el sentido inmediato del mundo, una concepción homogénea del mundo, del tiempo, del espacio, del número, de la causa, que hace posible el acuerdo entre inteligencias. En las sociedades más diferenciadas según Bourdieu, disminuye la eficiencia de las dominaciones tradicionales. Con la aparición de diversos campos de acción (como una caracterización central de la modernidad ya marcada por Max Weber), la

autonomización de los mismos con reglas particulares y universos simbólicos singulares que establecen sus reglas de regulación y mérito al interior de los mismos son la clave de las desigualdades. La violencia simbólica genera sumisiones que no son percibidas como tales, se trastocan los sentidos, es una violencia en tanto viola, obnubila la percepción del actor; es la forma de violencia que se ejerce sobre el agente social con su complicidad (Bourdieu; Wacquant:1995) La clave de la violencia simbólica es que los dominados se piensan a sí mismos con las categorías de los dominantes. Estas categorías se instalan como pre reflexivas, implícitas en la práctica de los agentes como si fuese algo material, de ahí que resulten tan eficaces.

La violencia simbólica puede ser descripta desde muchos ángulos, pero el que quizás sea el más evidente es el que vemos en el texto de Bourdieu, *El baile de los solteros*, de 1962 (Bourdieu:2004). En él, se describe la experiencia brutal del mercado matrimonial que tiene su soporte en el cuerpo de los participantes. El habitus corporal socializado es el aspecto más íntimo de las personas con sus condiciones de existencia, con la división social del trabajo y el sexo concomitantemente. Así, los campesinos llevan “marcado” en su cuerpo sus condiciones de existencia, la rudeza de la vida agrícola, deja huellas en el cuerpo campesino y este es subvaluado por las miradas de las campesinas (seguramente de cualquier campesino, fuese del género que fuese). Lo que se llama la Allure campesina (la apariencia campesina), es algo que ni siquiera los más abiertos al mundo moderno logran quitarse de encima.

Los campesinos interiorizan esa mirada degradante que es propia de la visión urbana: esto es violencia simbólica en su estado puro. La crisis de valores en el mundo rural -con el advenimiento de la última modernidad- hizo que los encuentros entre varones y mujeres se disociaran respecto a los antiguos parámetros. De este modo, sin grupos de poderosos confabulados ejerciendo la dominación capitalista como algún marxismo peregrino aún fantasea, la dominación de la mirada burguesa se establece despiadada e invisible (como cualquier dominación exitosa). El campesino antes valuado positivamente por su laboriosidad se transforma en algo degradado casi cómico; descalificar el cuerpo según Bourdieu, degrada lo más íntimo del ser. El sentido práctico que es la necesidad social vuelta naturaleza, se convierte en esquemas motrices y automatismos corporales, que hace que las prácticas aparezcan veladas para quienes las producen. (Bourdieu: 2007).

Los trabajos de Bourdieu como *La Distinción* (Bourdieu: 2012) pueden utilizarse con datos más actuales y ver la creciente preocupación por el cuerpo; una especie de encarnación del capital. La percepción generada en la infancia a través de la familia y las percepciones valorativas en relación a lo estético, también puede incorporarse en edades más avanzadas acomodando los habitus. Al nacer en el interior de una cultura estamos imbuidos de axiomas que forman parte de las estructuras cognoscitivas, y este es el punto clave de la dominación social. No se requiere de inculcación, estos postulados se transmiten sin una labor de persuasión como en Gramsci es pensada la hegemonía. Es también un relato que permite que las cosas se naturalicen, pero la diferencia con Gramsci es que este no puede pensar la hegemonía sin las clases fundamentales como punto de apoyo. Y, aquí es muy importante aclarar que esta diferencia no supone incompatibilidad ya que ambos están pensando en agregados sociales distintos: la hegemonía gramsciana hace hincapié en una Formación social general, al modo de un país o nación, mientras que los Campos son segmentos de un estado societal mayor, un Campo es un espacio social de acción y de influencia en el que confluyen relaciones sociales determinadas, es una red de relaciones objetivas entre posiciones. Bourdieu desdibuja la lucha de clases y configura el conflicto en Campos separados. Si bien la lucha por las visiones del mundo tiene connotaciones gramscianas, en Bourdieu toma el cariz del habitus, que es una estructura internalizada que implica formas primarias de clasificación, las que están más allá de la voluntad de los individuos. Para Bourdieu la clase social se construye (a diferencia del esencialismo marxista) en clases en el papel, esto es un producto teórico para explicar prácticas. (Bourdieu: 1984)

El obeso y lo extraño

La obesidad, la discriminación y el clasismo han sido objeto de estudio en las últimas décadas. Lo que se ha intentado comprender desde las ciencias sociales son los significados con los que se construye “la gordura” -aquí como equivalente al término médico obesidad- y su vinculación con las clases sociales. Aclaremos una posible confusión, una cosa es que pertenecer a una posición económica suponga cierto tipo de alimentación y otra es que la caracterización figurativa, simbólica, que se hace de los sujetos se construya imaginariamente en relación a pertenecer o no a ese sector económico. Así, en ciertas investigaciones se descubre que a las personas gordas se las califica como perezosas, ansiosas y deformes. Y

estos calificativos coinciden con los atribuidos de los individuos de clases bajas económicamente, por lo que algunos han sostenido que la gordura es una nueva forma de clasismo. (Energici -Acosta: 2017) Creo que este es un análisis errado ya que el hecho de que coincidan los estereotipos entre los pobres y los obesos no implica que pueda decirse que estamos frente a un clasismo actual. Sostengo que, la pobreza está en la génesis de múltiples discriminaciones que se enmascaran muchas veces, y se solapan otras, con diversas características de los individuos (raza, nacionalidad, sexualidad, etc.), el hecho de que las significaciones atribuidas a la gordura sean iguales que las de la pobreza no hace a la gordura una nueva forma de clasismo, ya que esta consideración implicaría una misma posición en la estructura de poder y la dominación en una sociedad. Perezoso, ansioso y deforme son atributos que también podrían dárseles a los delincuentes o en clave racista a los indios americanos y mestizos en muchas zonas de América. Que el estigma coincida en su manifestación no quiere decir que estemos ante una nueva forma de clasismo, y esto en un doble sentido. Uno, porque las condiciones de posibilidad para que un individuo integre el colectivo “gordos”, no tiene que ver exactamente con su condición de clase y aunque esto fuese así en 100 %, entonces directamente tendríamos que hablar de una condición concomitante en unas personas específicas. Y, segundo, porque los atributos estigmatizantes -discriminatorios- tienen que ver más con quien mira que con quien es observado, así como lo extraño es catalogado según la época y lugar en que se lo juzga como “lo otro”. Según Foucault, el monstruo -como figura- ha sido el principio de inteligibilidad de todas las anomalías ya en el siglo XVIII, donde aparecían, el individuo a corregir y el masturbador. Pero en la Edad Media aparece el hombre Bestial, en el Renacimiento Los Siameses, en el siglo XVI el Hermadrofita (Foucault: 2000)

La definición de lo extraño, es una constante en la construcción de las sociedades humanas, y ese otro, es fundamental para construir identidad propia. Los parámetros imaginarios que moldean la identidad serán hegemónicos y darán las metas de comportamiento para las interacciones sociales. Los ideales estéticos imperantes no son imposiciones clasistas, ni mucho menos artefactos que pudiesen pensarse y producirse desde un comando, al modo de un grupo de confabuladores reunidos pensando como explotar más a las personas. El reduccionismo económico acostumbra a tapar muchas conexiones de sentido que en este caso están dadas por parámetros que se han ido construyendo en la modernidad y

particularmente en época contemporánea post guerras mundiales, en torno a la juventud como ideal, llevado hasta su extremo: delgadez, estilización, etc. Suponer que este tipo de significaciones puede ser formateado por un grupo de poderosos que dispondrían de la sociedad como si estuviera en un tubo de ensayo, es tan ingenuo como no ver el aprovechamiento que se da, de ciertas condiciones hegemónicas, para establecer acciones económicas y políticas. Basta observar las publicidades de los medios masivos o escuchar a un consejero de imagen de un dirigente político.

La seguridad alimentaria, tal como se llamó hasta los años 90 del siglo XX, aparece ahora con un nuevo cariz, el riesgo de los alimentos en las sociedades de sobreabundancia (Millan: 2002) Desde los estudios agrarios se ha dado cierta irrelevancia al papel del consumo, así el papel del consumidor parece ajeno a la cadena agroalimentaria, sólo vinculado a su capacidad de compra. Los últimos años se ha intentado saldar este vínculo entre producción y consumo en las investigaciones en ciencias sociales. Un enfoque que intenta estudiar redes alimentarias de punta a punta, para ver cómo responde cada actor, cae en el error de considerar el poder como el elemento explicativo del funcionamiento, recalando en las empresas o medios de comunicación. Un corrimiento de estos planteos lo desarrolla (Díaz Méndez: 2010) en la visión del actor red para el ámbito de la alimentación (acción a distancia en Latour). Entonces, la dicotomía producción – consumo queda relativizada ya que pretende analizar no solo dónde se encuentra el poder, sino también, cómo va cambiando en la cadena. La cuestión radica en mostrar los intercambios de valor y significado; poner de manifiesto la manera en que los “gustos” van dando valor a los productos (en su forma de elaboración doméstica entre otras cosas) más allá de la mercantilización.

Medios de comunicación masiva

Las realidades humanas, aunque aparezcan naturales son construidas, al igual que lo es la comunicación que es un tipo diferenciado de actividad social simbólica. Los símbolos son parte de la comunicación y sirven para representar realidades; la representación y la comunicación van unidas en los símbolos. El signo debe ser tomado como una síntesis entre la forma material y el contexto. Por lo que el contexto debe ser entendido como parte semántica del enunciado y no como un elemento anexo. El elemento contextual forma parte del enunciado en el que se involucran el horizonte temporal y espacial en el que se sitúa el enunciador, los

saberes utilizados por este y los valores puestos en juego. El enunciado inicia la interacción entre subjetividades lo que permite la “comunicación” entre distintos actores. El contexto como parte de la semántica del enunciado, se significa y se construye en el terreno común del enunciado. La diversidad social, las relaciones de fuerza, la alteridad de los sujetos hablantes, se ponen en escena y se representan en el enunciado. Para Voloshinov (Voloshinov: 2009) del círculo de Bajtín, el lenguaje es expresión de una ideología, como el conjunto de experiencias de vida compartida de un determinado grupo. La ideología es la suma de saberes y creencias de un grupo, su sistema de representaciones acerca de los fenómenos del mundo y de las relaciones sociales del sujeto en el mundo. Así, el signo debe ser tomado como una síntesis entre la forma material y el contexto. Por lo que el contexto debe ser entendido como parte semántica del enunciado y no como un elemento anexo. El elemento contextual forma parte del enunciado en el que se involucran el horizonte temporal y espacial en el que se sitúa el enunciador, los saberes utilizados por este y los valores puestos en juego. El enunciado inicia la interacción entre subjetividades lo que permite la “comunicación” entre distintos actores. El contexto como parte de la semántica del enunciado, se significa y se construye en el terreno común del enunciado. La diversidad social, las relaciones de fuerza, la alteridad de los sujetos hablantes, se ponen en escena y se representan en el enunciado. Bajtín muestra la práctica enunciativa a través de unas relaciones de fuerza que se instauran en el mismo enunciado, las cuales están basadas en valores sociales que se van a evidenciar en la manera como se construyen las voces del Enunciador, el Enunciario y lo Referido.

La comunicación que se realiza en los medios masivos va más allá de una traslación de cogniciones, puesto que la transacción simbólica sugiere que el otro está “presente” desde el primer momento en que comienza el proceso comunicativo. La intención comunicativa no es algo abstracto, sino que tiene una realidad a la que se refiere, puesto que el otro comparte la realidad del periodista, por ejemplo; sin compartir esas realidades no puede haber comunicación. Los símbolos aportan al encuadre una referencia y una dimensión social. Desde la perspectiva simbólica, se puede así desarrollar una propuesta que considera la comunicación como una realidad transaccional en la que hay una referencia que se quiere comunicar a otro. (Sádaba: 2008) (Fabri: 2000)

La noción de forma simbólica apunta a delimitar una cuestión que es la de las funciones mediatizantes al modo de Cassirer, esto es, que lo simbólico designa el común denominador de todas las maneras de objetivar, de dar sentido a la realidad. Ricouer se preguntará (Ricouer: 1988, 2000), por qué llamar simbólica a esta función, y la respuesta será: para expresar el carácter universal de la revolución que sustituyó la cuestión de la realidad tal como puede ser en sí, por la de la objetividad mediante la función de síntesis del espíritu. Lo simbólico quiere expresar ante todo el carácter no inmediato de nuestra aprehensión de la realidad. Para Ricouer, el problema se caracteriza adecuadamente con la noción de signo o función significativa, esto es: cómo da sentido el hombre, llenando de sentido un sensible. Lo que está en cuestión es el problema hermenéutico en sí. Ricouer lo resolverá afirmando que en todo mito hay un logos y viceversa, todo símbolo supone una interpretación que es a la que pertenece orgánicamente, así toda interpretación no deberá verse como mentira sino como mera ilusión. (Ricouer: 1999)

En los aspectos de la circulación y producción discursiva aparecen en el mundo contemporáneo los medios de comunicación de masas que constituyen lo que sabemos y advertimos del mundo (Luhmann N: 1998). Este lugar que aparece como tan descomunal debe ser percibido así, pero subrayando que los medios masivos son vehículos de las significaciones. Los medios masivos de comunicación no deben ser vistos como únicos productores de significados ya que consideramos que estos circulan en lo social y los medios de comunicación son plataformas privilegiadas para ver esas significaciones. (de Ipola E.: 1983) Esta noción de plataforma –como ámbito relativamente abierto que permite el ida y vuelta- resulta interesante ya que permite establecer que el medio de comunicación de que se trate puede producir una significación ideológica pero no solamente hace eso, sino que transmite, traslada, media, significaciones diversas que circulan por lo social dándole a esta mirada la posibilidad, en una investigación concreta, de dar cuenta de la filiación de cierto medio sin por eso etiquetarlo y reducir sus producciones a los vaivenes de la coyuntura política. Los medios de comunicación masiva según autores como de Fontcuberta y Borrat (De Fontcuberta; Borrat: 2006) poseen cuatro aspectos importantes que analizar, uno es su dimensión socializadora de pautas de comportamiento, el segundo es que se han constituido progresivamente en un espacio de ejercicio de la ciudadanía, el tercero que son agentes educativos, y el cuarto que gestionan parte del ocio de las personas. De Fontcuberta destaca la

dimensión socializadora y el nuevo “sensorium”, otras formas de sentir, percibir, nuevas formas de juntarse, de relacionarse con el tiempo y el espacio. Son un decisivo ámbito de socialización, de identificación, proyección, pautas de comportamiento y gusto.

¿Qué rol juegan los medios de comunicación masiva en el desarrollo de los trastornos alimenticios? ¿En qué grado tienen que ver con enfermedades como la anorexia y la bulimia o con la obesidad? No puede afirmarse una correspondencia causa-efecto entre los discursos e imágenes sobre el cuerpo y la delgadez de los medios de comunicación y los desórdenes alimenticios, pero parece indudable que estos son el principal vehículo de difusión de los ideales estéticos de la mayoría. La dificultad para dar cuenta científicamente de la influencia de los medios es evidente, ya que no existe transparencia en la comunicación, pero esto no quita que los medios no hayan sido objeto de estudio desde varias disciplinas.

Las categorías de percepción se encuentran históricamente condicionadas, pues las tramas de significación y de apreciación son dinámicas y cambian de generación en generación. La obsesión por la figura encuentra en las nuevas generaciones un punto hasta el momento desconocido. Hoy el paradigma estético hegemónico establecido para las corporalidades en un sinnúmero de programas televisivos resulta desbastador. Hay un fantasma que recorre el imaginario principalmente femenino: la gordura. Una cultura en la cual la belleza (delgadez más juventud), se impone como mandato sustentado en la idea de que el individuo es responsable de su propia imagen, presupone que el ideal siempre puede alcanzarse a base de esfuerzo y sacrificio personal.

Numerosos estudios vinculan la mayor influencia de los medios de comunicación con una mayor probabilidad de riesgo de padecer Trastorno Conducta Alimenticia, la comunicación de los sectores de la moda y la belleza muestra la creación de una visión uniforme, manipulada y exclusivamente física de la persona. La influencia negativa de este tipo de imagen de la persona afecta de manera directa la autoestima; en los modelos de insatisfacción corporal, malestar corporal y preocupación por el peso se encontró una influencia significativa de los productos emitidos por los medios de comunicación. (Lazo: 2015) Llovet Rodríguez: 2014) (Zicavo: 2013) (Toro: 1996) (Plaza: 2013)

La alimentación y lo simbólico

La elección en la forma de alimentarse de los sujetos responde a las diversas alternativas que han aprehendido en su vida societal generadora de un habitus; lo que se consume no pasa únicamente por una racionalidad económica que calcula costos. Dentro de las prácticas que se vinculan con la obesidad -así como las prácticas que se vinculan con el hambre, como ejemplifiqué al inicio, y que van más allá de los alimentos disponibles-, aparece el gusto por el propio cuerpo y cómo cuidarlo y mantenerlo (Bourdieu: 2012). Las familias tienen estilos de vida diferentes, prácticas comunes que muchas veces suponen baja ingesta de frutas y verduras y alto consumo de grasas y azúcares, siendo en muchos casos pertenecientes a capitales económicos y culturales semejantes. Es necesario estudiar, entonces, los habitus familiares que generan la interiorización del mundo subjetivo. Los criterios por los que eligen los productos las familias con sobrepeso están relacionados con el gusto de “lujo”, son elecciones que sobrepasan lo necesario. En trabajos recientes se ha vinculado las familias con obesidad pobres, con consumo de golosinas que son alimentos de lujo en su espacio social y son utilizadas para mostrar cariño a los niños y adolescentes en situaciones de carencia (Fielding: 2017). Asimismo, estas familias muestran una despreocupación por el cuerpo lo que pudiera estar relacionado con la falta de tener movilidad social, reduciendo su preocupación por mostrarse fuera de su espacio. Es conocida la referencia de que, en sectores populares, hijos de inmigrantes de la Segunda Guerra Mundial muchos, los niños gorditos con mejillas rosadas son vistos como saludables. En un estudio se vincula la obesidad con un habitus generado por las abuelas maternas cuya cocina abundante y tradicional genera familias con más probabilidad de obesidad, al contrario de lo que uno podría suponer sobre lo tradicional como natural y sano. (Peroni: 2009)

La obesidad no se distribuye homogéneamente en la sociedad (Fischler: 1995; Gracia Armaiz: 2008), existe una correlación entre obesidad y nivel socioeconómico, ya demostrado, pero sostengo que aún deben encontrarse más vínculos en el estudio del valor y el significado de los alimentos en grupos con habitus particulares. En un trabajo reciente (Energici-Acosta: 2017) queda demostrado que la obesidad está vinculada con el género y el nivel económico en sus consideraciones simbólicas. Existe una estratificación social de los cuerpos; la discriminación por género, edad y nivel socioeconómico se superpone a la obesidad que es un “corte”, una dimensión más, que tiene relación con estos aspectos, pero no está determinada en términos absolutos. Así, la obesidad pasa a integrar una serie de parámetros como grillas

que se solapan y que sirven a los individuos como cánones para evaluar y seleccionar a otros. En el trabajo recién mencionado realizado en Chile, basado en una metodología de grupos de discusión, aparecen consideraciones muy interesantes sobre los obesos: son personas perezosas, flojas, que en vez de prepararse una ensalada prefieren comprar una pizza -refieren jóvenes de clase media y alta-. Las características atribuidas por los sectores medios y altos económicos son descontrol y desenfreno. La obesidad se define como una situación de fealdad, deformidad y suciedad. Sedentarismo sin autocontrol. Todas estas características refieren a una cuestión moral, una debilidad moral. Suenan como proposiciones similares a los dichos de que los pobres lo son porque quieren; prefieren emborracharse. Pero lo más significativo, como lo muestra el mencionado trabajo es que los jóvenes de nivel socioeconómico bajo hablan de gordura en primera persona (recordar la violencia simbólica), mientras que los jóvenes de nivel socioeconómico medio-alto lo describen como un problema de otros. Incluso afirman que en las clases acomodadas cuando hay una mujer “gordita” trata de taparse más, tiene pudor, no como los pobres que parecen hacer demostración de su obesidad usando ropa apretada. Los jóvenes de nivel socioeconómico bajo comparten las consideraciones estéticas de los sectores medio-altos con mínimas diferencias; hay una hegemonía de las valoraciones estéticas en general.

En la norma sobre el tamaño del cuerpo, se reproduce una forma de subjetivación que produce una identidad como un proyecto de empresario de sí mismo. Es la racionalidad neoliberal que denuncia (Laval-Dardot.:2017) donde cada uno es empresario de sí mismo, lo que requiere un esfuerzo, control y disciplina. Las formas de subjetivación son muy importantes para la gubernamentalidad, donde la libertad individual está en el centro (Foucault: 2007). Puede preguntarse, entonces, cuál es el papel de las nuevas racionalidades competitivas del neoliberalismo y su imbricación en los ideales estéticos hegemónicos. Esta empresa de sí mismo que postula la nueva racionalidad neoliberal supone un conjunto de prácticas, sentidos y conductas que tienen un reflejo en las cuestiones económicas y políticas, e incluso educativas (los ejemplos elocuentes de Labal y Dardot respecto de la competencia que se desata entre los padres por conseguir un mejor colegio para sus hijos cuando el Estado deja -en un accionar deliberado- la competencia abierta sin restricciones con el inevitable resultado de que los más ricos obtengan las mejores plazas). Todos estos aspectos, desde el control de los cuerpos mentado por Foucault en los mecanismos disciplinantes, las discriminaciones según el aspecto

y sus distintas connotaciones cuando se cruza con género, educación, riqueza o edad, así como los distintos habitus que posee cada agente que lo hace único en los estudios que deben realizarse, muestran un panorama mucho más complejo que el que podía asumirse cuando - hasta el siglo XX- podía entenderse la realidad con los llamados grandes relatos. La tarea de deshilvanar los mecanismos de dominación se ha tornado compleja y requiere de nuevos puntos de vista para ser estudiada, eso es, no naturalizarla, a los efectos y en la esperanza de que puedan encararse políticas concretas al respecto.

El cuerpo en esta era de racionalidad neoliberal se piensa como una inversión, la apariencia física es un mensaje, un signo de poder. Los medios masivos de comunicación instalan un canon de belleza de extrema delgadez que se asocia con la autonomía, el éxito profesional, la valía erótica. Todo esto se refuerza en gimnasios, prendas sexies, fármacos nutricionales, dietas, cirugías, etc. Tan acostumbrados estamos a este dispositivo de la delgadez y la juventud, que nos aparece como natural (la forma perfecta de la dominación y la violencia cultural). Cabe destacar que solamente hasta hace menos de medio siglo, pongamos los años 80 del siglo XX, esto no era así, por lo que estamos hablando de algo sumamente reciente en términos históricos.

Existe un tipo de consumo que toma al cuerpo y lo normativiza en términos foucaultianos. Es un mundo donde el cuerpo joven y delgado es el ideal; donde el control del peso se transforma para muchos en el objetivo de su vida. De este modo, la carrera por ser cada vez más joven, una paradoja en sí misma, una carrera perdida desde el inicio pero que mantiene en competencia a los individuos (más de ciertas clases y de ciertas sociedades, por cierto), detrás de un imposible. Tal como sostenía Foucault en *Los Anormales* (Foucault: 2008) los extraños -anormales- son distintos en cada época. Los actuales pueden ser obesos, viejos, discapacitados, de color y los pobres, aunque estos últimos, que han sido el grupo excluido por excelencia, alcanzan nichos de valoración significativos en ciertas culturas.

El mercado de consumo toma al cuerpo como su objeto y construye un arquetipo de unas características físicas esbeltas (que para este análisis poco importan si son saludables en términos biológicos); esa belleza es proba, de individuos fuertes y ganadores. El cuerpo en muchas épocas ha sido objeto del poder en los niños, en los soldados, en los presidiarios, en los enfermos, y Foucault critica que el marxismo y los movimientos revolucionarios desde el

siglo XIX se hayan planteado solamente frente al Estado como una fuerza político militar desconociendo los micropoderes, ya en un reportaje en 1975 (Foucault: 1979). Él tiene como objetivo develar los juegos de verdad en los que el poder se manifiesta y las formas del micropoder en que se evidencian los ideales estéticos más descarnadamente. También para Bourdieu, el cuerpo es un producto social y ese producto se distribuye de forma desigual por las distintas mediaciones, tales como condiciones de trabajo, hábitos de consumo, dimensiones del gusto y los distintos Habitus que pueden perpetrarse más allá de las condiciones sociales de producción. Las propiedades corporales son aprehendidas a través de categorías de percepción y sistemas sociales de clasificación que poseen una distribución jerárquica, donde los propietarios más frecuentes son los de los dominantes. Los esquemas de percepción en que un grupo genera sus estructuras fundamentales grande-pequeño, grueso-delgado, fuerte-débil, se incorporan desde el inicio en cualquier grupo social y estos esquemas deben ser denunciados para que al percibirlos puedan ir dejando de ser una violencia simbólica más que sufren muchos en la época actual.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1993) Campo de poder y campo intelectual, Buenos Aires, Folios.
- Bourdieu, P. (2004) El baile de los solteros. Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007) El sentido práctico, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1984) "Espacio social y génesis de "clase"", Buenos Aires, Espacios N°2.
- Bourdieu, P. (2008) Homo academicus. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2012) La distinción, Buenos Aires, Taurus.
- Bourdieu, P. (1995) La reproducción, México, Fontamara.
- Bourdieu, P. (2011) Las estrategias de la reproducción social, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1997) Razones prácticas, Barcelona, Anagrama.

- Bourdieu, P. y Wacquant J. (1995) Respuestas. Por una antropología reflexiva, México, Grijalbo.
- Butler, J. (2018a) El género en disputa. Buenos Aires, Paidós.
- Butler, J. (2018b) Deshacer el género. Buenos Aires, Paidós.
- Caparros, M. (2014) El Hambre. Buenos Aires. Editorial Planeta.
- De Fontcuberta M.; Borrat H. (2006) Periódicos. Buenos Aires. Crujía.
- De Ipola, E. (1983) Ideología y discurso populista. Buenos Aires. Folios.
- Díaz Méndez, C.; García Espejo, I. (2014) La mirada sociológica. Política y Sociedad N 51. Madrid, UCM.
- Díaz Méndez, C. (2010), Los debates actuales en sociología de la alimentación. CSIC. Madrid. Revista inter. Sociología.
- Energici, M.; Acosta E. (2017) Gordura, discriminación y clasismo. Universidad Alberto Hurtado., Santiago de Chile, Rev. Psicología y Sociedad 29.
- Fabbri, P. (2000) El giro semiótico. Barcelona. Gedisa.
- FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF. (2020), El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo. Roma, FAO.
- FAO (2020) www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/obesity-and-overweight
- Fielding-Singh, P. (2017), A Taste of Inequality: Food's Symbolic Value across the Socioeconomic Spectrum. Sociological Science. Stanford Univ.
- Fischler, C. (1995) El (h)omnívoro. Barcelona, Anagrama.
- Foucault, M. (1984) Vigilar y Castigar. México, S.XXI.
- Foucault, M. (2000) Los anormales. Buenos Aires, Paidós.

- Foucault, M. (1984) Historia de la sexualidad. 1-La voluntad de saber. México, Siglo XXI.
- Foucault, M. (1986) Historia de la sexualidad. 2- El uso de los placeres. México, Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979) Microfísica del poder. (Poder – Cuerpo. Reportaje Revista Quel Corps. 1975). Madrid. La Piqueta.
- Foucault, M. (2007) El nacimiento de la biopolítica. Buenos Aires, FCE.
- Franco, S. (2010) Aportes de la sociología al estudio de la alimentación familiar. Caldas-Colombia. Rev. Luna Azul.
- Gracia Armaiz, M. (2008) La obesidad como problema social: la ideación sobre su carácter crónico, plurifactorial y epidémico. Univ Rovira i Virgili. RL&F eds.
- Laval, Ch. y Dardot, P. (2015) Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI, Barcelona, Gedisa.
- Laval, Ch. y Dardot, P. (2017) La pesadilla que no acaba nunca. Barcelona, Gedisa.
- Lazo, Y. (2015) Influencia de los M.C. y el riesgo de padecer trastornos de la conducta alimentaria en escolares mujeres. Lima, Univ. Peruana de Ciencias.
- Llovet Rodríguez, R. (2014) Centro Universitario Villanueva. Universidad Complutense de Madrid. Madrid. Revista Internacional de Cultura Visual.
- Luhmann, N. (1998) La realidad de los medios de masas. México, Antrophos.
- Millan, A. (2002) Malo para comer, bueno para pensar. Crisis de la cadena agroalimentaria en Gracia A. Somos lo que comemos, Barcelona, Ariel.
- Peroni, A. (2009) Obesidad y sobrepeso en la pobreza. VIII jornadas de sociología. Buenos Aires. UBA.
- Plaza, J. (2013) Medios de comunicación, anorexia y bulimia. Salamanca. Revista Icono 14.
- Ricouer, P. (1988) Hermenéutica y acción. Buenos Aires. Ed. Docencia.

Ricouer, P. (1999) Freud una interpretación de la cultura. México. SXXI.

Ricouer, P. (2000) Del texto a la acción. Buenos Aires. FCE.

Sádaba, T. (2008) Framing: el encuadre de las noticias. Buenos Aires. Crujía.

Toro, J. (1996) El cuerpo como delito: anorexia, bulimia, cultura y sociedad. Barcelona. Ariel.

Voloshinov, V. (2009) El marxismo y la filosofía del lenguaje. Buenos Aires. Godot.

Wolf, N. (2002) The Beauty Myth: How Images of Beauty Are Used Against Women. New York, Harper Perennial.

Zicavo, E. (2013) El procesamiento cultural del cuerpo en mujeres jóvenes de los sectores medios de Bs.As. Valparaíso. CES.